

Si miramos el trabajo de la artista Pamen Pereira, a la que sigo desde hace más de dos décadas, observamos que en todas sus obras el trabajo comienza con usos y reinterpretaciones de un objeto que a su vez nos muestra. Metáforas que devienen de una práctica zen y una continua búsqueda de la felicidad en el sentido más amplio de la palabra. Por ello la artista se vale de todas las disciplinas según le sea más adecuado: dibujo, fotografía, escultura, video, instalación... Estas son un instrumento para lo que ella llama «hacer poesía aplicada a cualquier forma de expresión». Incluso va más allá y pone su práctica artística paralela a la de un chamán que proporciona “comida espiritual” alimento espiritual. Ella mismo declaraba así en una reciente entrevista : «Creo que la práctica artística mueve energía y soy muy consciente de cómo un pequeño gesto puede dar vida a la materia y cómo una emoción puede incluso cambiar un código genético».

Todo este proceso me recuerda y me pone alerta sobre la alquimia, aquella «ciencia» que pretendía encontrar la piedra filosofal que convirtiese en oro todos los metales. Esta doctrina tuvo sus comienzos en los siglos III y IV después de Jesucristo y estudiaba fenómenos químicos para descubrir los elementos constitutivos del universo, la transmutación de los metales, el elixir de la vida y otras incógnitas. Sustancialmente, era un proceso simbólico en el que se buscaba la producción de oro, como símbolo de la iluminación y de la salvación. Una práctica protocientífica y una disciplina filosófica que combina elementos de la química, metalurgia, física, medicina, astrología, semiótica, misticismo, espiritualismo, arte. Pero, además, la alquimia también se nos aparece como paradigma de todo trabajo. Muestra que en toda labor, aun en la más humilde, las virtudes se ejercitan, el ánimo se temple, el ser evoluciona. La obra de Pamen busca en su interior una trasmutación del objeto que deviene en ser volador, en objetos que dejan de ser materiales para convertirse en poesía que vuela hacia «otros mundos» donde todo es posible, donde quizás encontremos la solución y la paz de nuestro espíritu.

Así pues el visitante encontrará en esta muestra un apasionante «juego de alquimia» que tiene su razón de ser cuando la artista nos propone generar un espacio dentro del ilusorio espacio físico. Al entrar en la sala, una energía latente en todas sus obras elevará, moverá y hará girar diferentes elementos, combinándolos en una atmósfera que solo tendrá su sentido porque está dentro de otra, está envuelta. Es el espacio dentro del espacio. Cualquier variación que se le haga devendría en otro y así de forma infinita. De forma que la obra final solo puede realizarse durante el propio montaje. Inmersa en la propia sala, la obra global será el resultado visible cuando se produzcan

interacciones con la misma. Porque somos parte de ese espacio, de esa atmósfera y de esa energía.

Su forma de trabajar, de vivir, de sentir, tiene mucho que ver con el de un «ser» volador, no como huida sino como elevación. Partiendo para esta muestra de la pieza que pertenece a la propia Colección de la CAM, *Lecho de piedra*, todo cobrará otro sentido, su función principal se transformará para eliminar el peso de aquello que sobra. Una silla, una mesa, un baúl, una chistera, todos aquellos enseres que nos rodean. Incluso un elemento tan pesado como un lecho de piedra, levitará aunque quede fijada al suelo.

Acompañarán a estas piezas de la Colección de la CAM una serie de obras, de instalaciones cuyo común denominador a ellas será el hecho del elemento cotidiano, casi casero, que pasarán a otra dimensión, volarán o se verán transformadas a otros usos. Aquellos en los que la artista se ve reflejada, invitando al espectador a crear su propia historia. Tiempo y espacio, luz y noche, cielo y tierra. Todo se transforma. Las ideas de la regeneración, de crecimiento, cambio, elevación junto con el tiempo son las que esculpen estas instalaciones creadas al instante y en el lugar pues el continente manda en ese espacio. Luz, volumen, altura, todo habla. Elevar no para sublimar sino para generar.

La teatralidad en la obra de la artista es patente, la escenografía que se produce lo es no como un modo de representación sino como la «creación» de un nuevo mundo que desea, que sueña y que espera. No es una muestra teatral sino una génesis de un mundo mejor. Como en el canto gregoriano, varias voces se elevan al mismo tiempo, varias piezas danzan en el espacio y todas juntas generan un tono musical que a la par deviene en una melodía monocorde que suena al ritmo de su directora, de la artista.

Invitaremos al espectador a volar, a dejarse llevar por la imaginación, lo introduciremos a través de una puerta a trasladarse al mundo del ensueño, a un mundo generado por la artista que te alienta a que tú mismo inventes tu propio espacio.

Las obras que contienen esta muestra se relatan a continuación pero pensemos en ellas como una sola, como un «juego de alquimia» a combinar por cada uno de nosotros. Símbolos, espacios, génesis, vida.

Alicia Ventura

Comisaria